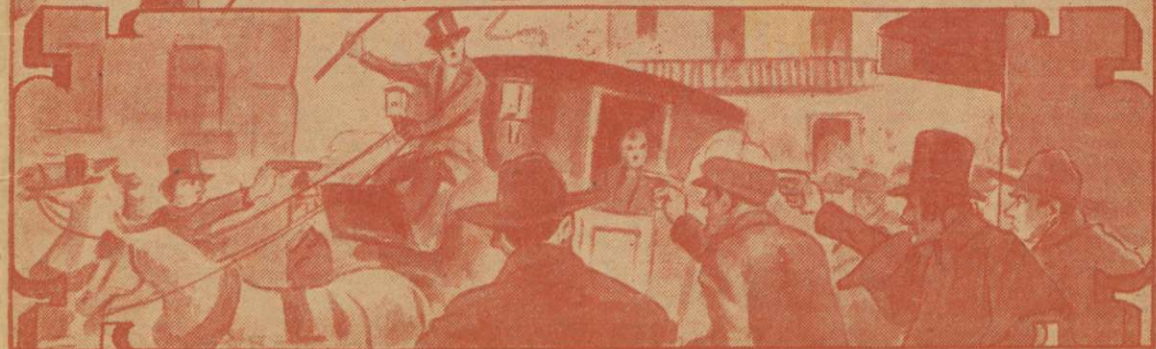


# AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO



ARREGLA TEMPORAL  
REPUBLICANA

ESTADO DE LOS ESTADOS UNIDOS  
DE AMERICA





## CAPITULO XVII

# UN MUERTO EN EL UMBRAL

I: UNA SESION HISTORICA.—II: RECURSOS DE UN COBARDE.—III. ENEMIGO IMPROVISADO.—IV: UN PACTO FORZADO

### I

#### UNA SESION HISTORICA

Las noticias que Pedro Recio había recibido en Cartagena y que le obligaron a emprender tan arriesgada fuga no eran exageradas. La República española, nacida al calor de un ferviente entusiasmo y dirigida por hombres que antes miraron al ideal que a la materialidad de los hechos y de las cosas, vióse oprimida, asfixiada por los más opuestos extremismos alimentados unos por la inconsciencia y otros por los egoísmos rastrosos de los que todo lo supeditan en cualquier momento y exclusivamente a su medro personal.

Los hombres de aquella primera República española creyeron a los falaces que, para no perder sus posiciones de ventaja y minar de paso la libertad conquistada, mintieron un republicanismo que no sentían y fingieron una lealtad para la que, tanto su cerebro como su corazón, estaban incapacitados.

La canalla invadió el poder civil y el poder civil quedó deshecho; invadió el ejército, y el ejército, desorganizado primero y desmoralizado después, vino a ser sepulturero del régimen antes que amparador de sus fueros y libertades.

Y así, tras de la confianza y de la nobleza, que se asquearon al contemplar las bajas y hediondas luchas de los gusanos, se fué la libertad y para las Cortes españolas que acababan de derribar a Castelar de la presidencia del poder ejecutivo, llegó aquel histórico día 3 de Enero de 1874.

La sesión de Cortes desarrollábase en un ambiente de inquietud profunda, de temor indeterminado contra el que los espíritus de los mejores se rebelaba, queriendo dominar la situación caótica indomable. Derribado Castelar, era designado el disputado Palanca para presidir un ministerio "rojo". La República agonizaba en convulsiones trágicas y terribles.

Súbitamente, a las cinco y cuarenta minutos de la mañana, en el hemiciclo del Congreso penetran Figueras y Olave. Densa palidez cubre sus rostros y no logran dominar la nerviosidad que experimentan. Ligeros dirígense a Salmerón, que ocupa la presidencia de la Cámara. Figueras lanza la desagradable noticia:

—¡Fuerzas del ejército vienen hacia el Congreso en estos instantes!

—¡Imposible!

—Cierto—replica Olave—. ¡La soberanía nacional está amenazada!

—¡Nos han traicionado!

—Alguien—añade Olave—piensa que Castelar...

—¡Lo niego en absoluto!—exclama Salmerón, rechazando nervioso la sospecha.

—Así será, pero, sin embargo—expresa Figueras—el hecho es indudable. Dentro de pocos minutos el capitán general de Madrid allanará la Cámara.

Salmerón guarda una breve pausa y luego se dirige a Castelar resueltamente:

—Señor presidente del poder ejecutivo, usted es responsable de la conservación del orden público. ¿Es que ha dispuesto usted que el capitán general de Madrid acuda aquí con fuerzas?

—No—respondió Castelar—, el gobierno dimisionario es ajeno al hecho. El capitán general de Madrid será destituido inmediatamente.

La Cámara, ofreciendo un tremendo desorden, se alza en gritos de protesta, en juramentos de resistencia heroica. Nada puede escucharse en aquel trágico momento en que ha de variarse violentamente el curso de la historia de España.

Salmerón intenta inútilmente apaciguar los ánimos. Alguien se le acerca. Es un ayudante del general Pavía y Salmerón, clavando en el recién llegado sus pupilas, le interroga sin palabras.

El ayudante responde con aplomo absoluto:

—Envíame mi jefe, el capitán general de Castilla la Nueva, con orden de que comunique a V. E. que, estando a punto de alterarse la tranquilidad pública y el orden social, a causa de las escenas habidas en "este edificio", juzga conveniente ocuparlo luego, a cuyo objeto se servirá V. E. mandar desocuparlo en el plazo de cinco minutos, advirtiéndole que, para el cumplimiento de esta irrevocable voluntad, tiene mi jefe adoptadas todas las medidas necesarias.

Salmerón no pudo replicar tan pronto como se lo imponían su irritación y su deseo. La emoción angustiosa de aquel instante había anudado la voz en su garganta. Por fin pudo dominarse, recuperar la voluntad sobre sí mismo y, lentamente, con la solemnidad de un juramento, expresó:

—Diga usted al señor Pavía que mida toda la extensión del atentado que se propone consumar; que su tiro se dirige a lo más alto de la soberanía nacional; que no en vano se atenta a la existencia de una República; que las repúblicas no mueren y que el tribunal del pueblo será inexorable contra el autor de semejante crimen.

—Yo, excelentísimo señor—replicó el ayudante—no sé si las repúblicas viven o mueren. No entiendo de otros códigos que del de la disciplina militar; se me ha dado una orden y la cumplo, y como la cumplo aquí, la cumpliré al pie de una trinchera.

Acabó el militar de pronunciar estas palabras, huérfanas de toda emoción, y luego, tras un breve silencio, añadió, mirando el reloj:

—Las seis y cuarenta minutos. Recuerdo a V. E. que, de cinco minutos es el plazo.

Y retrocediendo, terminó inclinando levemente la cabeza.

—A las órdenes de V. E.

Poco después resonaban algunos disparos hechos por la guardia civil en los pasillos del Congreso y en el Salón de Sesiones penetraban Iglesias, coronel del mencionado Instituto y Mesa, comandante de Artillería.

Castelar no había podido resistir la violenta emoción provocada por aquella escena. Desvanecido sacáronle del hemicielo. La República había muerto y, media hora después, en el mismo Congreso de los Diputados, bajo la denominación caprichosa de "Poder Ejecutivo de la República" y presidida por el general Serrano, tenía lugar una junta de notables, integrada por los marqueses del Duero y de la Habana, Cristino Martos, Nicolás M.<sup>a</sup> Rivero, Práxedes M. Sagasta, Manuel Becerra, José Elduayen, Cánovas del Castillo, Juan B. Topete, General Beranger y Eugenio Montero Ríos.

Pronto difundiéndose por Madrid la nueva del histórico atropello. Lo que se había realizado "para evitar el público desorden", lógicamente lo produjo. Las deliberaciones de los reunidos, que bajo la inspiración de Cánovas, preparaban una próxima restauración borbónica, comenzaron a desarrollarse al amparo de las bayonetas. Pronto, en el "centro" de la calle del Olmo, el ambiente estuvo caldeado. Alguien recordó a nuestro protagonista.

—¡Si viviera Pedro Recio!

—"Pa" ver esta vergüenza—le replicaron—mejor es que no viva.

—¿Tú qué dices, Andrés?—interrogaron a nuestro antiguo conocido.

Andrés no había despegado los labios ante aquellas desagradables noticias. Hundido estaba en un rincón de la sala. Iba enlutado, tenía inclinada la frente y clavadas las pupilas en el pavimento de la estancia.

El obrero, alzando el rostro al que preguntaba, respondió:

—Esto no podía acabar en cosa buena. Nos acechaban como a fieras y al fin nos han sacrificado como si fuéramos borregos. ¡Canallas!

—A ti ya te dejaron un recuerdo. La pobre de tu madre...

—Una de tantas víctimas. Era demasiado vieja para resistir. Cuando llegué a casa la encontré tendida en el suelo, apenas respiraba. ¡Dos días después moría en mis brazos!

—¡La vengaremos y vengaremos a Pedro!

—¡Bah!... ¡Palabras!... Pocos hay como Recio y aquél cayó para no levantarse. No soy criminal, pero te juro que si mis ojos tropezaran al bandido que lo asesinó, le buscaría el corazón con las uñas para destrozarlo.

No podía imaginar Andrés que, contra lo que creía firmemente, en aquellos instantes y junto a las tapias del convento de la Concepción, Pedro, por un capricho afortunado de la suerte, hallaba a Carmen, a tiempo que el puñal de Tomás amenazaba la vida de nuestro protagonista.

## II

### RECURSOS DE UN COBARDE

Jamás había sufrido Gonzalo de Togores momentos de tan dramática intensidad. Ni aun aquellos en que se vió obligado a colocar la bandera roja de la revolución en los balcones del convento. Entonces, la seguridad de su muerte le aturdió hasta el punto de perder la noción real de las cosas, pero en los instantes a que ahora nos referimos, disponía de toda su sensibilidad, en lugar de ser amenazado, amenazaba, era verdugo antes que reo y el crimen tantas veces imaginado en la penumbra y en el silencio de su elegante dormitorio estaba a punto de ser realizado frente a sus pupilas.

Tan sólo esperaba el golpe mortal, decisivo, para arrebatarse a la indefensa Carmen y entregar el niño a Tomás.

—Ya procurará llevarlo tan lejos que jamás pueda volver a los brazos de su madre—imaginaba el aristócrata en aquellos momentos de honda incertidumbre.

Apenas Pedro se acercó a la víctima de Gonzalo, descubrió al niño, que todavía dormía junto al pecho de Carmen.

Nada preguntó. Le hubiera sido imposible pronunciar una sola palabra. Allí estaba todo su amor materializado, hecho realidad en el rosado cuerpo del pejeño que cerca de la muerte, reposab junto al agitado corazón de su madre. Pedro inclinó el rostro y sus labios besaron la frente del pequeñuelo.

Tomás no había contado seguramente con este movimiento que vino a descubrirle, pues Carmen, apenas Recio inclinó la cabeza, advirtió al asesino y bajo el sol vió relumbrar el acerado cuchillo.

La sorpresa arrancó un grito de su garganta y aquél fué tan elocuente que Pedro, comprendiendo, de un modo instintivo, que algún peligro le amenazaba, giró sobre sí mismo rápidamente y, de un solo puñetazo, derribó a Tomás, cuando ya el arma homicida estaba a punto de hundirse en la espalda del obrero.

Nervioso, queriendo vengar más enérgicamente la traición, Pedro quiso inclinarse sobre su enemigo, que había dado de bruces sobre la tierra, pero se detuvo al advertir que bajo el sacristanesco agente de Gonzalo, extendíase un gran charco de sangre.

—Se ha clavado su propio cuchillo—exclamó.

Para convencerse, Recio cogió el cuerpo de Tomás por uno de los hombros y dióle una media vuelta hasta dejarle con el lívido rostro bajo el sol. La sangre saltaba a borbotones de la tremenda puñalada. El puñal habíase hundido hasta el mango, en el corazón del esbirro, que murió casi instantáneamente.

El duquesito había presenciado la trágica escena sin perder un solo detalle, y cuando vió a Recio inclinarse sobre el cadáver de Tomás, le faltó tiempo para penetrar en el coche y ordenar que éste emprendiera el regreso a Madrid a todo galope.

Ni siquiera pensó en la necesidad de espiar los pasos de los dos enamorados después de tan trágica aventura. El miedo a un encuentro con Pedro pudo más que todos sus deseos y saltó sobre todas sus prevenciones.

—Es preciso escapar—imaginó—. Luego no hablarán medios ni tiempo para averiguar lo que sea necesario.

Dirigióse al cochero y pronunció inquieto, mientras observaba de lejos el apretado grupo que formaban los dos enamorados.

—Azota los caballos. Es preciso alejarse de aquí inmediatamente.

—Faltan el padre Amador y el lacayo.

—¡Falte quien falte! ¡A Madrid sin perder un segundo!

El lacayo corría en aquel instante para ganar su puesto, pero no pudo alcanzar al vehículo que, arrastrado por el poderoso tronco, partió como una centella carretera adelante.

El criado que de tal modo habíase quedado en tierra dióse perfecta cuenta de su situación.

No conocía en detalle los antecedentes de aquella tragedia ni las verdaderas intenciones de su amo cuando emprendió el precipitado viaje de tan desagradables y trágicos resultados, pero no dejaba de reconocer que tan pronto el cadáver de Tomás fuera descubierto, él sería detenido si podían hallarle en lugar cercano al sitio donde el crimen fué realizado.

La primera idea que saltó a su cerebro fué escapar rápidamente, pero...

—Acaso esa fuga servirá para que las sospechas recaigan sobre mí. Además sería interesante saber qué camino toman esta pareja de tórtolos que, sin duda, son los principales actores de la tragedia.

La curiosidad había hecho presa en el espíritu del sirviente que, casi a rastras, retrocedió hasta buscar entre unos árboles y, protegido por la maleza, el oportuno escondrijo.

Carmen y Pedro hallábanse lo bastante emocionados para no parar mientes en el nuevo espía que la fatalidad les había proporcionado.

Las manos de la mujer estaban frías y temblaban, sin que la víctima de Gonzalo pudiera evitarlo. Pedro paseó una desconfiada mirada por los alrededores, temiendo que algún nuevo peligro pudiera amenazarles y, convencido de que, por lo menos aparentemente, no sucedía así, exclamó, tomando a Carmen por uno de los brazos:

—Vamos. Debemos alejarnos de aquí sin perder un instante.

—No sé si podré seguirte. Temo caer. Me tiemblan las piernas...

—Dame el niño y apóyate en mi brazo.

—Pero... ¿piensas volver a Madrid?

—Naturalmente. No será difícil encontrar algún carruaje que quiera llevarnos.

—Te cogerán.

—¡Bah! Tú no sabes que las cosas han cambiado mucho.

—No lo sé, pero, de todas maneras, tú serás perseguido.

—Sin embargo, es preciso volver.

En las pupilas de Pedro, al pronunciar aquellas palabras, había una firmeza tal, que Carmen renunció a discutir aquel peligroso deseo. Pedro era toda su vida, la única razón de su existencia y, feliz, olvidando el dolor que acaso guardábase un porvenir muy cercano, entregó a Recio el pequeñuelo, y un momento después emprendían el camino hacia Madrid.

### III

#### ENEMIGO IMPROVISADO

Sino todo el diálogo, el lacayo del duquesito había escuchado lo que más podía interesarle. Esto es, la esperanza que Pedro abrigaba de encontrar un vehículo que pudiera conducirlos a Madrid.

—Tiene razón—imaginó Bartolomé, que así llamaban al sirviente—. Son estos caminos muy transitados y lo mejor sería seguirles los pasos. No me conocen y por mi ropa nada pueden sospechar. Supongo que se trata del famoso Pedro Recio y ya merece la pena conocer las intenciones de este muerto resucitado.

Cautelosamente salió Bartolomé de su escondite. Clavadas tenía sus pupilas en los dos enamorados, que se alejaban camino adelante, y ya se disponía a seguirlos a corta distancia, cuando, súbitamente le detuvieron por uno de los brazos.

El lacayo giró el rostro. Por un momento creyó que, descubierto el cuerpo de Tomás, alguien le detenía por sospechoso y, en fin de cuentas, iría a dar con sus huesos en la cárcel, pero hubo de tranquilizarse cuando pudo reconocer al que le detenía.

Sabemos que la precipitación con que las monjas cerraron la puerta del convento después de expulsar a Carmen de la clausura, impidió atravesar el umbral al padre Amador. El clérigo quiso abrir para seguir a su víctima, pero en aquel instante, alguna religiosa que desde las altas ventanas del cenobio acababa de descubrir a Tomás amenazando la vida de Pedro Recio dejó escapar un grito de alarma y apresurada descendió escaleras abajo y, al llegar junto a la superiora, que todavía no habíase separado de la cerrada puerta, exclamó:

—Van a cometer un crimen. ¡Un crimen junto al portal de esta santa casa!

El padre Amador, que no podía suponer la intervención casi providencial de Pedro Recio en tales circunstancias, no acertaba con la verdadera interpretación de aquellas palabras. Suponía que Gonzalo habría de ser uno de los actores de la tragedia, pero... ¿contra quién? ¿Acaso el joven duque era el amenazado? Pidió una explicación a la religiosa.

—¿Conoce usted a Gonzalo de Togores?

—No es él, no.

—Entonces...

—El amenazado es un obrero y el que amenaza un desconocido.

El clérigo, en la imposibilidad de comprender aquel misterio, intentó de nuevo salir del convento, y para conseguirlo dirigióse a la superiora:

—Sor María... Si usted me lo permite, deseo averiguar lo que sucede. ¿Quiere usted ordenar que abran la puerta?

—¿Ahora? ¡De ningún modo! Bastantes inquietudes hemos sufrido. El diablo anda suelto por el mundo y ya que logramos expulsarle de aquí, procuraré que no vuelva a penetrar.

—Es sólo un momento, lo bastante para que yo pueda salir.

—Ni siquiera un segundo, padre Amador. Espere usted unos minutos y luego, cuando... suceda lo que haya de suceder, podré complacerle.

El clérigo hubo de resignarse. Junto a la claveteada puerta del cenobio pasó algunos minutos de inquietud profunda. Pegaba el oído a la vieja cerradura, pero ni el más leve rumor vino a denunciarle lo que estaba sucediendo.

Por fin, la monja que antes había gritado alarmada, volvió, arrastrada por la curiosidad, a su atalaya y comunicó, acaso más sorprendida que en su primer descubrimiento:

—No se ve a nadie.

—¿Está segura vuestra caridad?

—Véalo vuestra reverencia, si quiere.

—No es preciso. Que Dios les ampare y que nunca vuelvan a importunar la paz de esta santa casa.

Sólo entonces pudo el padre Amador cumplir sus deseos.

Una ligera inclinación de cabeza sirvió de despedida. Luego atravesó ligero el umbral y apresurado cruzó el huerto hasta llegar a la verja. Un segundo después estaba en libertad. Derramó inquieto sus miradas por los alrededores del convento y pronto sus pupilas descubrieron el desplomado cuerpo de Tomás, cuya sangre iba empapando la tierra lentamente.

Advirtió el puñal clavado todavía hasta la cruz en el pecho de su cómplice. Ni la más mínima emoción agitó su espíritu. Intrigado solamente por lo que suponía un asesinato, exclamó en voz baja:

—Es extraño. El asesino no puede ser Gonzalo. Este hombre ha muerto a

manos de alguien que protege a Carmen resueltamente... Lo que no acierto es quién puede ser esa persona.

Indeciso estaba el clérigo cuando, súbitamente, pudo descubrir a Bartolomé a tiempo que éste abandonaba su escondrijo.

Olvidó al muerto y apresurado, corrió hacia el sirviente. Unos segundos después le detenía por uno de los brazos.

IV

UN PACTO FORZADO

—¡Padre Amador!—exclamó el lacayo, al reconocer al clérigo, mientras una sonrisa de tranquilidad aparecía en sus labios.

El sacerdote, contraído el rostro por un gesto de profunda preocupación, interrogó, apretando más el brazo del lacayo.

—¿Y el señorito Gonzalo?

—Salió para Madrid, como una centella. Tan ligero, que estando yo muy cerca del coche, no me dió tiempo a subir al pescante.

—¿Se fué solo?

—Con el cochero.

—¡Ya lo sé, animal! Quiero decir si no le acompañaba nadie dentro del vehículo.

—¡Nadie!

El clérigo guardó silencio. Para el padre Amador todo el suceso estaba envuelto en un misterio impenetrable. Bartolomé era el único que podía descifrarlo, pero el clérigo procuraba que sus preguntas no pudieran advertir al lacayo de la trama que seguramente había originado la tragedia.

—Para conseguir esto—imaginó—es necesaria mucha habilidad.

Luego, en voz alta, interrogó, clavando sus pupilas en el rostro de Bartolomé:

—¿Quién ha muerto a Tomás?

—¡Nadie!

—¡Imbécil! ¿Estás burlándote de mí?

—Dios me libre, padre Amador. He dicho la verdad.

—¡Acaba!

—Tomás quiso cometer un crimen. El amenazado logró salvarse, descargándole un tremendo puñetazo, y vuestro criado, al caer, tuvo la desgracia de clavarse el puñal en el pecho.

—¿Y dices que intentaba asesinar?

—Yo lo vi con mis propios ojos.

—¿A quién?

—¡A Pedro Recio!

—¡Estás loco!

—Al contrario, padre Amador. El amenazado era Pedro Recio, que llegó a la puerta de la clausura con tiempo para abrazar a esa mujer que salió del convento y del que parece muy enamorado. También dió un beso muy fuerte al niño que la muchacha sostenía entre los brazos.

El padre Amador no salía de su asombro. Descubría entonces la mentira de Tomás, pero había llegado tarde la revelación para castigar al embustero. En el colmo de su sorpresa interrogó de nuevo:

- ¿Entonces, Carmen?...  
 —¿Quién es Carmen?  
 —La mujer que salió del convento.  
 —Caminando va con Pedro Recio hacia Madrid.  
 —No podrá resisir el camino.  
 —Pedro le tomó al niño y piensa aprovechar algún carruaje, si lo encuentra, para llegar más pronto.  
 —¿Estás seguro de lo que dices?  
 —Segurísimo, padre Amador.  
 Reflexionó el clérigo algunos segundos y luego, lentamente, dió instrucciones a Bartolomé, después de algunas amenazas.  
 —Yo podría creer que cuanto acabas de relatarme no pasó de ser un cuento para evitar tu responsabilidad en el crimen.  
 —¿Yo?—exclamó sorprendido el lacayo, mientras una densa palidez cubría su rostro.  
 —El supuesto es lógico. Acabo de descubrir el cuerpo de un hombre asesinado y tú eres la única persona que se encuentra cerca del lugar del crimen. Es natural que sobre ti recaiga la acusación.  
 Bartolomé enclavijó sus manos y clavó en tierra las rodillas, mientras pronunciaba angustiosamente:  
 —Le juro, padre Amador, que he dicho la verdad.  
 —Verdad que no podrías probar de ninguna manera.  
 —El señorito Gonzalo...  
 —¡Idiota! El señorito Gonzalo buscará alguien que pague la culpa para que la justicia no se empeñe en averiguar demasiado y tú, culpable o no, darás con los huesos en la cárcel y quién sabe si en la horca.  
 —¡Ay, Dios mío!... Usted sabe que eso sería una infamia.  
 —Sí... pero no podrás negar que estás comprometido y que para salvarte tienes que hacer méritos.  
 Bartolomé, extrañado, clavó sus pupilas en el rostro del clérigo.  
 —¿Qué quiere usted decir?  
 —Que necesito saber los pasos de Pedro Recio y de su compañera. ¿Entiendes?  
 —¡Completamente!  
 —Vas a seguirlos, procurando acercarte a ellos todo lo posible, de modo que no lleguen a sospechar de tu presencia.  
 —¿Qué más?  
 —Que sobre todo ello habrá de guardar un secreto absoluto. Ten en cuenta que a la primera indiscreción seguirá la denuncia por la muerte de Tomás.  
 —Le prometo, padre Amador, que le serviré tan bien que no podrá quejarse.  
 —Cuando termines tu cometido, me buscas en Madrid, en el palacio de tu amo.  
 —¡Está bien!  
 —Ahora márchate y procura ganar el tiempo perdido en la conversación.  
 Bartolomé, todavía asustado, no se hizo repetir la orden. el clérigo esperó hasta perderle de vista y luego alejóse del convento en dirección distinta a la seguida por el lacayo.



## CAPITULO XVIII

# EN MITAD DEL CORAZON

I: SENDA DE FUEGO.—II: LA SOLUCION.—III. UN AMIGO SINCERO.—IV: LA REVUELTA.

### I

#### SENDA DE FUEGO

Mucha era la voluntad de Carmen, grande su deseo de no separarse de Pedro que para alentarla y además para que no se le hiciera tan largo el camino, había comenzado a relatarle cuantas desagradables aventuras hubo de sufrir a partir del momento en que cayó en manos de la policía.

Carmen escuchaba en silencio el trágico relato; cada vez que Pedro se refería a los distintos momentos en que la muerte hubo de amenazarle, la enamorada apretaba convulsivamente el brazo de Pedro Recio y a él pegaba su cuerpo, como si quisiera protegerle de aquel pretérito peligro.

Antes de que el relato terminara, Carmen se detuvo. Estaba rendida y la imposibilidad física dominaba los deseos de su espíritu.

—No puedo más. He sufrido mucho, más de lo que puedes figurarte y cuando llega la libertad y la dicha de caminar a tu lado no me quedan fuerzas para disfrutarla.

—La fatalidad no se cansa de perseguirme. ¡Ni un coche, ni un mísero carro para llevarnos! ¡Maldita sea! Parece que estamos en un desierto.

—¡No maldigas! Dios me ha concedido al encontrarte una felicidad que no esperaba. Tendremos paciencia... Quizás encontraremos alguna venta donde podamos descansar.

—¡No es posible! Podrían reconocerme y entonces todo estaría perdido.

Detenidos estaban en plena carretera. El sol abrasaba la tierra y en la desolación infinita del cielo castellano, todo azul, no pudieron hallar las pupilas de Pedro la solución, la idea salvadora.

Arrastró a Carmen hasta una de las márgenes del camino. Un árbol frondoso les ofrecía sombra protectora. Reclinada sobre la tierra ardorosa quedó la enamorada, que había recobrado al niño y Pedro sentóse a su lado, apoyando los brazos sobre las rodillas e inclinando la frene atormentada.

Caminaba hacia el peligro, bien lo sabía, pero se lo imponía la inquietud de su espíritu, la rabia que le producía el que tantos esfuerzos y tantos sacrificios murieran al fin en el fracaso de una libertad tan difícilmente iniciada.

Carmen adivinaba aquellos pensamientos, pero no quiso interrumpirlos. Sabía que sus consejos hubieran sido inútiles, que el entusiasmo de Pedro por aquella lucha era su misma vida y que a él y a su cariño lo sacrificaría todo en un momento determinado.

Entre tanto, Bartolomé avanzaba apresurado carretera adelante. Temía que Pedro Recio hubiese hallado el deseado vehículo y con ello fracasaran todas sus pesquisas. El lacayo temía fundadamente las amenazas del padre Amador.

—¡La maldita curiosidad!—decíase sordamente el espía—. Si por ella no hubiera sido, a estas horas no me vería envuelto en un compromiso semejante.

Ocupado en estas amargas reflexiones caminaba el sirviente, sin dejar por eso de otear la carretera, cuando, súbitamente, se detuvo. Rápido dejó el centro del camino, y amparándose tras unos árboles, observó.

—¡Son ellos! Están descansando.

Bartolomé acababa de descubrir a sus perseguidos y vacilaba acerca de cómo debía proceder en aquellas nuevas circunstancias.

—Creo que no me han visto—imaginó—. Ella parece dormir y él está muy preocupado. ¿Debo esperar?... ¿Y si por cualquier cosa me descubren y adivinan que les estoy espiando?... En este caso habré perdido la partida, y el padre Amador cumplirá su amenaza... Mejor es dar la cara. Ni ella ni él me conocen y esto significa una ventaja positiva.

Resueltas sus dudas el criado volvió al centro de la carretera y avanzó con paso reposado. Minutos más tarde cruzaba con aparente indiferencia frente a nuestros protagonistas.

Recio, al escuchar sus pasos, alzó el rostro y se le quedó mirando. Examinaba al aparecido antes de despegar los labios y el lacayo, para inspirar la confianza que trataba de hallar aquella mirada, saludó sin detenerse:

—¡A la paz de Dios!

—¡Salud!—respondió Pedro.

El revolucionario, que temía preguntar demasiado, resolvió detener al desconocido antes de que éste se alejara demasiado. Se alzó y saliendo al centro de la carretera, interrogó al lacayo:

—¿Sabe usted si falta mucho para llegar a Madrid?

Bartolomé, fingiendo admirablemente una completa simplicidad campesina, respondió:

—¡Anda! ¡Ya lo creo!... Más de dos horas haciendo a buen paso el camino.

—¿No sabe usted si pasará por aquí alguna diligencia?

—No es fácil a estas horas. Tendría usted que esperar hasta el atardecer. Yo voy a pie porque tengo que despachar en Madrid una comisión urgente y no puedo perder tiempo.

—Gracias, buen hombre, siga su camino.

Bartolomé no se movió. Clavó sus miradas en Carmen y en el niño y dijo después, afectando una profunda commiseración:

—Mala situación, amigo. Es mucho andar para una mujer que además va cargada con una criatura.

—¡Ya lo ve!

—¡Si yo les puedo ayudar en algo!

—En nada, muchas gracias.

—¿Quiere que me espere y les acompañaré cuando descansen?

—¡No!... ¿Para qué?... Espero que pase algún vehículo... Si tenemos esa fortuna todo estará resuelto.

- Tampoco lo despreciaría yo si lo encontrara.
- Entonces... quizás pueda hacernos un buen servicio.
- Lo que esté de mi parte...
- Si llegara a encontrarlo, acuérdense de nosotros. Dentro de pocos minutos reanudaremos la marcha. Tengo algún dinero y el favor no lo perdería.
- No hable de moneda, hombre de Dios. Los hombres estamos para servirnos unos a otros cuando llega el caso.
- ¡Agradecido! Ahí va mi mano.
- Bartolomé tuvo la suficiente presencia de ánimo para estrechar la mano de Pedro, sin que éste pudiera sospechar nada y luego se alejó tan lentamente como había llegado.
- Antes que el espía hubiera desaparecido, Carmen abrió los ojos. Recuperadas las fuerzas había en sus pupilas una expresión de mayor serenidad.
- ¿Con quién hablabas?
- No lo sé. Se trata de un desconocido que se ofreció a prestarnos ayuda, pero como en nada puede ayudarnos...
- Mejor es que haya seguido su camino.
- Parece un hombre de buena fe.
- Quién sabe. De veras te digo que desconfío de todo el mundo.
- ¡Bah!... Con esas creencias habría que matarse como única solución.
- ¡Sólo Dios sabe lo que todavía nos espera!
- ¡Ea!... ¡Basta de pesimismo!... Lo importante es llegar a Madrid y a ser posible, sin que nadie pueda descubrirnos. ¿Otro esfuerzo?
- ¡Vamos! Por ahora ya he descansado bastante.
- Pedro ayudó a Carmen a incorporarse, la muchacha acalló como pudo al pequeño, que lloraba de un modo que parecía inconsolable y un minuto después, nuestros dos protagonistas reanudaban la marcha.

## II

### LA SOLUCION

Bartolomé no había conseguido ciertamente lo que deseaba. Su plan consistía en inspirar a Pedro la confianza suficiente para que le hubiese permitido acompañarle. De tal modo la difícil comisión se hubiera cumplido sin el menor tropiezo y aún el lacayo la hubiese aprovechado para mayores ventajas, pero Recio, con desconfianza que Bartolomé explicábase perfectamente, le cerró el camino para que el propósito pudiera cumplirse.

—Si llego a insistir hubiera sospechado y la sospecha es el principio del fracaso. Me juego el cuello en el asunto y es preciso andar con pies de plomo... Ahora lo que necesito es no alejarme mucho para no perderlos de vista, pero si me detengo, me descubrirán y no podré evitar la sospecha. Además no encuentro lugar oportuno para esconderme.

La inmensa planicie castellana no brindaba el menor abrigo al espía. Era preciso delatarse o proseguir la marcha.

Cuando Bartolomé alzó los ojos después de aquellas reflexiones, advirtió que la carretera hacía un pronunciado recodo. Una gran piedra aparecía como restos de una pequeña montaña al iniciarse la curva del camino.

—Quizás esto pueda salvarme—imaginó el lacayo—. Procuraré esconderme

aquí y les dejaré pasar delante. Luego todo se reduce a perseguirlos discretamente.

Ya iba el lacayo a poner en práctica su proyecto, cuando, al salvar la curva de la carretera, advirtió, no muy lejos, un carro tirado por dos mulas, que caminaban bajo el sol perezosamente.

Descubrirlo y variar de intención todo fué una cosa.

—¡Dios aprieta, pero no ahoga!

Apresuró el paso cuanto pudo y, minutos más tarde, lograba alcanzar el vehículo.

Tratábase de un viejo expendedor de vino, según pudo Bartolomé adivinar por los pequeños barriles vacíos amontonados en la bolsa del carro.

—¡Buenos días!

—Buenos los tenga—respondió el carretero—. Mucha prisa debes tener cuando tanto corres.

—He corrido, sin poder, para alcanzarte.

—¿Quieres algo de mí?

—Me ahoga el calor y, por lo que valga, quisiera que me llevaras en tu carro a Madrid, si allí te diriges.

—Si no es más que eso, cambiaremos el favor.

—¿Cambiar?

—Es claro. Tendré con quien charlar y no me aburrirá tanto el camino.

—Perfectamente. Te advierto que yo hablo por los codos.

—Pues ya estás subiendo, que el sol pega de firme y las bestias no pueden resistirlo.

Bartolomé puso el pie en el estribo, pero antes de penetrar en el vehículo, miró hacia la curva de la carretera.

—¿Qué miras? ¿Te acompañaba alguien?

—¡No!... Sin embargo, acabo de ver a dos infelices...

—¿Van a pie?

—Lo peor es que se trata de una pobre mujer cargada con un pequeño casi recién nacido.

—¡Vaya por Dios!

—El hombre que va con ella estaba verdaderamente apurado.

—¡Cuánta miseria anda por el mundo!

—Lleva dineros, pero no pudo encontrar un vehículo para llegar a Madrid... Si no tuvieras mucha prisa, podríamos esperarlos.

—Prisa no tengo, pero el sol va a derretirme a las mulas.

—Sería muy poco tiempo. Yo mismo, si me esperas, retrocedería para avisarles.

—¡Te advierto que no espero más de cinco minutos!

—Menos tardaré en regresar con ellos.

—¡Pues andando!

Ya se disponía Bartolomé a cumplir su promesa, cuando Carmen y Pedro Recio aparecieron en la carretera.

El lacayo exclamó, con no fingido regocijo, dirigiéndose al vinatero:

—¡Mira!... ¡Aquellos son!

—Diles que paresuren el paso. Bien está una obra de caridad de cuando en cuando.

Entre tanto, Pedro Recio, que había descubierto el carro, procuraba que Carmen apresurara su marcha todo lo posible.

—¡Por fin! ¡Mira!... Lo que buscábamos.

—¿No será una desgracia el encontrarlo?

—¿Por qué?

—¿Y si el carretero te reconociera?

—¡Bah!... No es fácil. Estos campesinos no se ocupan de luchas políticas.

—¡Dios nos ayude!

—Vamos, camina más aprisa. El carro se ha detenido y parece que nos está esperando.

Carmen, no obstante aquella secreta inquietud, que no podía dominar, animóse un tanto con el hallazgo. Le aterraba el camino ardoroso, la sed, que ya empezaba a martirizarla.

Dejóse arrastrar por Recio y un momento después llegaban junto al carro providencial.

Bartolomé los recibió con una sonrisa.

—¡Ya verá como he cumplido el encargo!

—Gracias. Lo que deseo es que pronto pueda presentarse una ocasión para demostrarle mi agradecimiento.

—Arriba y vamos andando, que el carretero tiene prisa.

El dueño del vehículo inclinóse sobre una de las varas para ayudar a Carmen. Una profunda sorpresa le detuvo al descubrir a la muchacha, pero tuvo la suficiente prudencia para ocultarla. Tomó las manos de la angustiada mujer, llevándola luego hasta el ondo del vehículo y luego tomó al niño, que depositó en los brazos de la viajera. Subieron Bartolomé y Pedro, y el carretero hizo restallar el látigo. Un segundo después el pesado vehículo reanudaba su marcha.

### III

#### UN AMIGO SINCERO

No pudo el carretero, a pesar de toda su prudencia, evitar algunas miradas que, dirigidas a Pedro y a Carmen, revelaban un secreto interés hacia los jóvenes viajeros.

Bartolomé no dejó de advertir tal circunstancia e, instintivamente, adivinó que acaso su presencia privaba al carretero de expresar verbalmente el oculto sentido de aquel mirar interesado. Era preciso eliminarse, pero como, abandonando el carro perdería el espionaje y la ocasión de reanudarlo, no halló otro medio más cómodo ni más oportuno par alograr su propósito que reclinarse sobre las cubas vacías, mientras pronunciaba:

—Yo, con el permiso de ustedes, voy a descabezar un sueño.

—¡Bien hecho!—afirmó el carretero—. Así no sentirás el camino.

Había sonreído al pronunciar aquellas palabras. Visiblemente, los deseos de Bartolomé no dejaban de complacerle.

Sacó la negra petaca de piel tosca y gruesa y la ofreció al revolucionario. Entre tanto, el lacayo había cerrado los ojos y, un minuto más tarde fingía dormir profundamente.

Tenía el oído alerta y esperaba impaciente las primeras palabras del carretero.

Este, mientras hacía el grueso cigarro y convencido de que Bartolomé dormía, interrogó a Pedro:

—¿Y cómo te atreves a ir a Madrid como están las cosas?

—¿Qué dice usted?—exclamó Recio, alarmado—. ¿Acaso me conoce?

—No sólo a ti, sino también a la mujer que te acompaña.

—¡Dios mío!—exclamó Carmen, levemente.

—Hable usted. ¡Tenga en cuenta que estoy dispuesto a jugarle la vida!

—¡Quieto!... Que no hay motivo para tanto—replicó el carretero, tras una sonrisa de perfecta tranquilidad.

—¿Va usted a denunciarme?

—Voy a salvarte si puedo y... si tú me dejas.

—¿Quiere usted acabar?—exclamó el revolucionario.

—Ante todo no grites. Ese hombre duerme y no debe escucharnos... por si acaso...

—¡Es verdad!

—Tú eres Pedro Recio y la mujer que te acompaña no es otra sino Carmen, ahijada de la "señá" Rita.

—Pero...

—¡Si tuviera un duro por cada vez que os he visto hablar por la reja!

—¿Usted?—inquirió Carmen, acercándose interesada, al carretero.

—¡Yo! También, cuando eras muchacha, te he pegado algunos pescozones.

—No acierto...

—Es muy sencillo. La taberna que existe frente a tu casa es mía y te conozco desde muy pequeña. También, éste, tu novio, me ha hecho pasar algunos malos ratos. Cuando lo perseguía la guardia civil yo lo vi saltar por la ventana de tu casa.

Tales palabras tranquilizaron a Pedro. De quien así se expresaba no podía esperarse una traición.

—Entonces—dijo—creo que la fortuna nos ha deparado un amigo.

—Amigo, hermano y padre. Lo que tú quieras.

—Gracias. ¡Muchas gracias!

—Cometes una imprudencia con volver a Madrid. Sólo me alegro por ésta y esa pobre criatura. En mi casa estaréis bien y procuraré esconderos hasta que pasen estos malditos líos de la República.

—¿Y mi madrina?—interrogó Carmen.

—¿Tu madrina? ¡Reventó como un ciquitaque!

—¡Pobre!...

—¿Todavía la compadeces? ¡Valiente tía!... Iba en busca de los millones de don Gonzalo, pero el año no la dejó esperar.

—Pero...

—Murió de una borrachera. Así, ¡como lo oyes!

—¡Dios la perdone!

—¡Y el demonio que la guarde por los siglos de los siglos, amén!

—Entonces—pronunció Carmen, dejando caer su cabeza, sobre uno de los hombros de Pedro—iremos a mi casa, veré otra vez la ventana que guarda para mí tantas ilusiones y tantas lágrimas.

—No digas tonterías, muchacha—expresó el carretero, antes de que Recio pudiera responder—. Bien está solo el cuartucho, que no ha faltado quien todos los días vaya a rondarlo y me figuro yo que no será para cosa buena. Vais a mi casa. En fin, de cuentas estaréis en el sótano que, por lo grande, puede caber en él un regimiento. Una vez allí, ya veremos lo que puede hacerse para que Pedro viva tranquilo y tú puedas criar a ese hijo sin sobresaltos. Además, aquella covacha tiene mala sombra y ni Recio ni tú debéis volver a ocuparla.

Bartolomé escuchaba la conversación sin perder una sola palabra, y ya

estaba deseando terminar el viaje para correr al palacio de Gonzalo y comunicar al padre Amador su descubrimiento tan fácilmente conseguido.

Tan agradables reflexiones vino a interrumpirlas la voz de Pedro, que interrogaba al carretero:

—Diga usted. ¿Es verdad que la República va de mal en peor?

—¡Un desastre, muchacho! La gentuza borbónica ha ganado la partida y pronto tendremos al hijo de Isabel II en España, si no es que don Carlos se le anticipa y los carlistas ocupan el poder. Nos iremos preparando a morir en la hoguera por si acaso.

—Eso no es posible. En España todavía queda vergüenza.

—No te digo que no, pero tan oculta está que no se la ve por ningún lado.

—Parece mentira.

—Pero es verdad. Ya que vives y supongo yo que milagrosamente, lo que debes hacer es no meterte en belenes y dejar que todo se lo lleve el diablo. Te digo la verdad; meterse en esos líos, más que valentía es una primada.

Recio inclinó la frente; pesaban aquellas palabras sobre su espíritu terriblemente. Era la losa de los sueños, la paletada de tierra que venía a enterrar para siempre sus más caras ilusiones.

Debió durar mucho tiempo aquella su actitud de dolorosa y muda reflexión.

El carro acercábase a la capital y Bartolomé, comprendiendo que nada más interesante podría escuchar, abrió los ojos y fingió admirablemente que despertaba después de un sueño reparador.

Luego de restregar sus ojos, preguntó al carretero:

—¿Adónde paras?

—En la calle de Toledo.

—También es casualidad.

—¿Por qué?

—Porque yo vivo en la misma calle.

—No sabía que fuéramos vecinos.

—Te prometo que desde mañana cambiaré de taberna e iré a la tuya.

—No te arrepentirás... Antes de llegar a casa, pasaremos por la calle de Atocha, para dejar un encargo.

Las mulas, sudorosas, penetraron en la vieja corte de los milagros y la fusta del carretero restalló victoriosa, como si también gozara de la misma alegría de su dueño.

#### IV

### LA REVUELTA

La indignación popular había estallado. No bastaron palabras ni discursos de los agentes monárquicos introducidos en las masas obreras para conseguir una falsa pacificación de los espíritus, para, a la sombra de ella, laborar por la restauración que meses más tarde había de producirse.

Los centros populares ibanse ocupando por los grupos de revoltosos que comentaban la reunión de notables que, amparados en la denominación de un falso poder republicano, comenzaban a preparar las ligaduras que habrían de esclavizar de nuevo al pueblo pisoteado por la monarquía.

—Han echado del Congreso a los nuestros—exclamó uno de los revoltosos más decididos—y nosotros les echaremos a ellos, aunque sea necesario morir para conseguirlo.

Aquellas palabras fueron la señal de la revuelta. Atropelladamente saltaron a la calle los que propugnaban el ministerio rojo deshecho por Pavía, al deshacer la representación nacional.

Los que, más moderados, sentían solamente la muerte de aquella República de vida tan breve y accidentada, unieronse a la protesta, a la violenta manifestación.

Los que ocupaban el Congreso podían considerarlos como enemigos naturales del pueblo atropellado y allá fueron a engrosar los grupos de revoltosos que, cruzando la plaza de Antón Martín, dirigíanse a la calle del León para llegar, por el camino más corto, al edificio de la Cámara.

La fatalidad quiso que el pesado carro del tabernero subiera en aquellos instantes calle de Atocha arriba y que Pedro Recio descubriera a sus compañeros.

No pudo nuestro protagonista reprimir el movimiento. Rápido, se alzó sobre las varas del vehículo y los manifestantes le reconocieron:

— ¡Es Recio! ¡Es él!

Severino, el viejo a quien ya conocemos, que marchaba a la cabeza de los revoltosos, se acercó al carro.

— ¿Tú?

— ¡Yo mismo!

— Te habían dado por muerto.

— Quisieron matarme, pero ya ves como no lo han conseguido.

— Vente con nosotros.

— Es que...—vaciló Recio, mirando a Carmen.

— Si no vienes, dirán esos que tienes miedo o que te has vendido y entonces... no respondo ni de tu vida ni de la de Carmen.

— ¡Tienes razón! ¡Vamos!

La muchacha no pudo detener al revolucionario que un instante después cruzaba el grupo entre aclamaciones, ocupando el puesto de más peligro.

Entonces, desesperada, sin abandonar al niño, saltó del carro como pudo y corrió calle del León abajo, seguida por el tabernero.

Cuando llegaron ya era tarde para evitar la catástrofe. Las fuerzas que rodeaban el Congreso de los Diputados habían hecho fuego sobre la masa y Pedro Recio fué de los primeros en caer. Una bala certera habíale partido el corazón. Carmen tan sólo pudo abrazar su cadáver, llorar desesperadamente sobre el cuerpo del hombre que había significado el amor de toda su vida.

Bartolomé, apresurado, dirigióse al palacio de Gonzalo de Toghores para dar la noticia.



¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

# AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PILDORITA, EL GOLFILLO AVENTURERO.—16 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
TONI (Aventuras de un joven español en el país de los picles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 centimos cuaderno.  
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—16 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FRBD (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE RIN-TIN-TIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

*Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.*

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA